

# NUEVOS MODOS DE COMPRENDER LA IDENTIDAD CATÓLICA Y LA LIBERTAD

## Respuestas del PAPA BENEDICTO XVI a las preguntas que le formularon los obispos estadounidenses.

### CRECIENTE SEPARACIÓN ENTRE FE Y VIDA

1. *Se pide al Santo Padre que exprese su valoración sobre el desafío del laicismo creciente en la vida pública y sobre el relativismo en la vida intelectual, así como sus sugerencias para afrontar dichos desafíos desde el punto de vista pastoral, para poder llevar a cabo más eficazmente la evangelización.*

He tratado brevemente este tema en mi discurso. Me parece significativo el hecho de que en Estados Unidos, a diferencia de muchas partes en Europa, la mentalidad laicista no se oponga intrínsecamente a la religión. Dentro del contexto de la separación entre Iglesia y Estado, la sociedad estadounidense está siempre marcada por un respeto fundamental a la religión y a su papel público y, si se da crédito a los sondeos, el pueblo estadounidense es profundamente religioso. Pero no es

suficiente tener en cuenta esta religiosidad tradicional y comportarse como si todo fuese normal, mientras sus fundamentos se van erosionando lentamente. Un compromiso serio en el campo de la evangelización no puede prescindir de un diagnóstico profundo de los desafíos reales que el Evangelio tiene que afrontar en la cultura estadounidense contemporánea.

Evidentemente, es esencial una correcta comprensión de la justa autonomía del orden secular, una autonomía que no puede desvincularse de Dios Creador ni de su plan de salvación (cf. *Gaudium et spes*, 36). Tal vez, el tipo de laicismo de Estados Unidos plantea un problema particular: mientras permite creer en Dios y respeta el papel público de la religión y de las Iglesias, sin embargo reduce sutilmente la creencia religiosa al mínimo común denominador. La fe se transforma en acepta-



ción pasiva de que ciertas cosas "allá afuera" son verdaderas, pero sin relevancia práctica para la vida cotidiana. El resultado es una separación creciente entre la fe y la vida: vivir "como si Dios no existiera". Esto se ve agravado por un planteamiento individualista y ecléctico de la fe y la religión: alejándose de la perspectiva católica de "pensar con la Iglesia", cada uno cree tener derecho de seleccionar y escoger, manteniendo los vínculos sociales pero sin una conversión integral e interior a la ley de Cristo. Consiguientemente, más que transformarse y renovarse por dentro, los cristianos caen fácilmente en la tentación de acomodarse al espíritu mundano (cf. *Rm* 12, 2). Lo hemos constatado de manera punzante en el escándalo provocado por católicos que promueven un presunto derecho al aborto.

En un plano más profundo, el laicismo obliga a la Iglesia a reafirmar y perseguir todavía más activamente su misión en y hacia el mundo. Como puso de manifiesto el Concilio, en este ámbito los laicos tienen una misión particular. Estoy convencido de que lo que necesitamos es un mayor sentido de la relación intrínseca entre el Evangelio y la ley natural por una parte y, por otra, la consecución del auténtico bien humano, como se encarna en la ley civil y en las decisiones morales personales. En una sociedad que justamente tiene en alta considera-

ción la libertad personal, la Iglesia debe promover en todos los ámbitos de su enseñanza -en la catequesis, la predicación, la formación en los seminarios y universidades- una apologética encaminada a afirmar la verdad de la revelación cristiana, la armonía entre la fe y la razón, y una sana comprensión de la libertad, considerada de forma positiva como liberación tanto de las limitaciones del pecado como para una vida auténtica y plena. En una palabra, se debe predicar y enseñar el Evangelio como modo de vida integral, que ofrece una respuesta atrayente y veraz, intelectual y prácticamente, a los problemas humanos reales. La "dictadura del relativismo", al fin y al cabo, no es más que una amenaza a la libertad humana, la cual madura sólo en la generosidad y en la fidelidad a la verdad.

Naturalmente, se podría añadir mucho más sobre este tema. Sin embargo, permítanme concluir diciendo que creo que en este preciso momento de su historia la Iglesia en Estados Unidos tiene ante sí el reto de encontrar una visión católica de la realidad y presentarla de manera atrayente y con creatividad a una sociedad que ofrece todo tipo de recetas para la autorrealización humana. Pienso, de modo particular, en la necesidad que tenemos de hablar al corazón de los jóvenes, los cuales, aunque expuestos a mensajes contrarios al Evangelio, continúan



teniendo sed de autenticidad, de bondad, de verdad. Queda todavía mucho por hacer en el terreno de la predicación y de la catequesis en las parroquias y en las escuelas, si se quiere que la evangelización produzca frutos para la renovación de la vida eclesial en Estados Unidos.

## UN COMPORTAMIENTO ARRAIGADO EN EL EVANGELIO

*2. Se le pregunta al Santo Padre sobre un "cierto proceso silencioso" mediante el cual los católicos abandonan la práctica de la fe, a veces con una decisión explícita, pero más a menudo alejándose tranquila y gradualmente de la participación en la misa y de la identificación con la Iglesia.*

Ciertamente, mucho de todo eso depende de la reducción progresiva de una cultura religiosa, comparada a veces de manera despectiva a un "ghetto"; la cultura religiosa podría reforzar la participación y la identificación con la Iglesia. Como acabo de decir, uno de los grandes retos para la Iglesia en este país es el de fomentar una identidad católica basada no tanto en elementos externos, sino más bien en un modo de pensar y actuar enraizado en el Evangelio y enriquecido con la tradición viva de la Iglesia.

Este tema implica claramente factores como el individualismo religioso y el escándalo. Pero vayamos al nú-

cleo de la cuestión: la fe no puede sobrevivir si no se alimenta, si no es "activa en la práctica del amor" (Ga 5, 6). ¿La gente tiene hoy dificultad para encontrar a Dios en nuestras iglesias? ¿Nuestra predicación se ha vuelto sosa? ¿No será que todo esto se debe a que muchos han olvidado, o incluso no aprendieron nunca, cómo rezar en y con la Iglesia?

No hablo aquí de las personas que abandonan la Iglesia en busca de "experiencias" religiosas subjetivas; este es un tema pastoral que se ha de afrontar en sus propios términos. Estamos hablando de personas que han perdido el camino sin haber rechazado conscientemente la fe en Cristo, pero que, por una u otra razón, no han recibido fuerza vital de la liturgia, de los sacramentos, de la predicación. Y, sin embargo, como sabemos, la fe cristiana es esencialmente eclesial; y sin un vínculo vivo con la comunidad la fe de la persona nunca crecerá hasta la madurez. Volviendo a la cuestión que acabamos de afrontar: el resultado puede ser una apostasía silenciosa.

Por tanto, quiero hacer dos breves observaciones sobre el problema del "proceso de abandono", que espero estimularán ulteriores reflexiones.

En primer lugar, como saben, en las sociedades occidentales resulta cada vez más difícil hablar de manera sensata de "salvación". Sin embargo, la



salvación -la liberación de la realidad del mal y el don de una vida nueva y libre en Cristo- está en el corazón mismo del Evangelio. Como ya he dicho, debemos redescubrir modos nuevos y atractivos para proclamar este mensaje y despertar sed de la plenitud que solamente Cristo puede dar. En la liturgia de la Iglesia, y sobre todo en el sacramento de la Eucaristía, es donde se manifiestan con mayor fuerza estas realidades y se viven en la existencia de los creyentes; quizás tenemos todavía mucho que hacer para realizar la visión del Concilio sobre la liturgia como ejercicio del sacerdocio común y como impulso para un apostolado fructuoso en el mundo.

En segundo lugar, debemos reconocer con preocupación la eclipse casi total de un sentido escatológico en muchas de nuestras sociedades tradicionalmente cristianas. Como saben, he planteado esta cuestión en la encíclica *Spe salvi*. Baste decir que la fe y la esperanza no se limitan a este mundo: como virtudes teologales, nos unen al Señor y no solamente nos llevan hacia el cumplimiento de nuestro destino, sino también al de toda la creación. La fe y la esperanza son la inspiración y la base de nuestros esfuerzos para prepararnos a la llegada del reino de Dios. En el cristianismo no

puede haber lugar para una religión meramente privada: Cristo es el Salvador del mundo y, como miembros de su Cuerpo y partícipes de sus *munera* profético, sacerdotal y real, no podemos separar nuestro amor a él del compromiso por la edificación de la Iglesia y la difusión del Reino. En la medida en que la religión se convierte en un asunto puramente privado, pierde su alma.

Quiero concluir afirmando algo obvio. Hoy en día los campos están ya listos para la siega (cf. *Jn* 4, 35); Dios sigue haciendo crecer la mies (cf. *1 Co* 3, 6). Podemos y tenemos que creer, junto con el recordado Papa Juan Pablo II, que Dios está preparando una nueva primavera para la cristiandad (cf. *Redemptoris missio*, 86). Lo que más se necesita en este tiempo peculiar de la historia de la Iglesia en Estados Unidos es la renovación de ese celo apostólico que inspire a sus pastores a buscar de manera activa a los extraviados, a curar a quienes han sido heridos y a reforzar a los débiles (cf. *Ex* 34, 16). Y, como ya he dicho, eso exige nuevos modos de pensar basados en un diagnóstico de los desafíos actuales y en un esfuerzo por la unidad en el servicio a la misión de la Iglesia con respecto a las generaciones actuales.



(*L'Osservatore Romano*, No.17, 2052- 25 de abril de 2008, p. 4 edición semanal en lengua española)